

Al tratar de encontrar un título para este pequeño trabajo, la palabra “semblanza” me parecía excesiva y “testimonio” demasiado reducida. Finalmente vi en “homenaje” la expresión más condigna con la persona aludida y más cercana a mis propios sentimientos. Al complementarla con el adjetivo “personal” quería indicar de alguna manera mis limitaciones: mis encuentros con Madre Cándida han sido esporádicos y mi información carece del valor de una larga convivencia. Tres son los principales momentos de este homenaje, que quiero rendir al “sentido de Iglesia”, a la “coherencia doctrinal” y a la “fecundidad espiritual” de la Madre Cándida María.

Homenaje  
personal a la  
Madre Abadesa  
Cándida María  
Cymbalista, OSB

CuadMon 146  
(2003) 297 - 300

Comienzo con los arduos años en que entre nosotros se puso mucho empeño en dar respuesta a la recomendación del Concilio, especialmente en el decreto “*Perfectae Caritatis*” n° 22 que rezaba: “*Los institutos y monasterios autónomos promuevan federaciones entre sí oportunamente y con la aprobación de la Santa Sede, si pertenecen de algún modo a la misma familia religiosa; o uniones, si es que sus constituciones y usos son semejantes y están informados por un mismo espíritu, sobre todo cuando son demasiado pequeños; o asociaciones, si se dedican a obras externas idénticas o semejantes*”. Muchos motivos tenían las fundaciones monásticas de los países que conforman el llamado “Cono Sur” para seguir aquella invitación, ya que por su origen pertenecían a casas madres de diferentes países y congregaciones,

<sup>1</sup> Monje de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, Chile. Colaborador de Cuadernos Monásticos desde la primera hora.

con el distanciamiento y desconocimiento mutuo que eso implicaba.

Actualmente gozamos del saludable fruto de una “Conferencia de comunidades del Cono Sur” (SURCO) que asocia a benedictinos (as), trapenses y cistercienses, en iniciativas de interés común y de una “Congregación benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur” que estructura en forma más estrecha a los benedictinos y benedictinas que oran y trabajan en dichos países. Pero en 1967, cuando se formularon por primera vez aquellas propuestas, las cosas no estaban tan claras. Estaban los que quizás no comprendían la importancia ni la urgencia de un “ecumenismo monástico”. Estaban también los que con justificada prudencia señalaban la fragilidad de la mayoría de las fundaciones o las limitaciones de sus líderes. M. Cándida María ocupaba en esa época el cargo de Priora de la abadía de Santa Escolástica, con la comunidad más numerosa y de más peso del Cono Sur. Si su Abadesa, M. Mectildis Santángelo, sin cerrarse por principio a la iniciativa unificante, pertenecía más bien al grupo de las personas prudentes, la Priora, M. Cándida María, sin desconocer la insuficiencia de las comunidades masculinas, era más bien del grupo de las personas audaces. Ella y también el P. Prior de los trapenses de Azul, P. Agustín Roberts, pusieron resueltamente el peso numérico y espiritual de sus respectivas comunidades en el platillo de la balanza a favor de la asociación de los monasterios. En las varias reuniones y conferencias que se celebraron de 1967 en adelante, la M. Abadesa y *a fortiori* la M. Priora Cándida María, siempre dieron testimonio de una actitud de fe, de amor a la Iglesia y a su Magisterio, de confianza en la gracia. Pienso que esta actitud fue tan decisiva, que si ella no se hubiera dado, difícilmente se podrían haber llevado adelante los diferentes pasos que finalmente llevarían, primero a la formación de la “Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur” (SURCO) y, algunos años después, a la “Congregación benedictina del Cono Sur”.

Parecido fue el caso de la creación en 1966 de la revista de espiritualidad e historia monásticas “Cuadernos monásticos”. Surgida en primera instancia por la iniciativa de varios monjes y editada en modestísimo ropaje en la Abadía de Santa Escolástica, no pudo en realidad levantar vuelo hasta que a partir de 1969 se confiara la dirección y toda la empresa a M. Cándida María. Ella dio vida y nutrió por largos años esta publicación, incluso después de su traslado en 1979 a la nueva fundación del “Gozo de María” en Córdoba, hasta que en 1986 la dirección pasara a otras manos.

Imposible escribir de este “primer momento” de nuestro homenaje sin referirnos en un “segundo momento” a lo que consideramos la causa principal del acierto de M. Cándida María en la gestación tanto de la Congregación del Cono Sur como de la mencionada revista y que fue su sólida formación en la “*philosophia perennis*” del tomismo. Tanto ella como Rosita Andrili, Delia Alonso y, más tarde, Elena María Sarsotti, fueron destacadas alumnas de la época más fecunda del Instituto del Profesorado de Paraná y, después de un tiempo en la Acción Católica, derivaron a la vida monástica benedictina (aunque, en el caso de Rosita y por causas de salud, no en forma permanente). En referencia a esta gravitación de la formación tomista recibida en Paraná, reproduzco el testimonio de una de las discípulas de M. Cándida: *“Fue en Paraná una época gloriosa, que no se repitió en la historia. Rosita y Madre Cándida tenían además una inteligencia superior a lo común, yo diría genial, y una gran capacidad docente. Fueron verdaderas maestras. Las dos formaron una generación cristiana y tomista que ocupó los lugares que ellas dejaron. Hoy están por toda la Argentina. La M. Cándida, con su pensamiento firme y coherente, era como un profeta: veía claro, anunciaba los acontecimientos, los explicaba y se adelantaba a los hechos. Era como el caballo negro de Platón, que busca y busca y no para hasta que encuentra. Era valiente y muchas veces no fue bien comprendida”*.

Con más autoridad que yo podrán atestiguar las co-hermanas de M. Cándida con qué alegría y profunda satisfacción ella recibiría la publicación de la encíclica “*Fides et Ratio*” de Juan Pablo II, cuyos principales acápites eran para ella como vida de su propia vida. Pensemos ante todo en los pasajes titulados “*Novedad perenne del pensamiento de Santo Tomás de Aquino*” (43 y 44) y “*El drama de la separación entre fe y razón*” (45-48). En los años en que por una lectura en clave equivocada de los documentos del Concilio Vaticano II, no pocas comunidades religiosas entraban en un período de crisis, hay que destacar que la abadía de Santa Escolástica, sin dejar de estar abierta a los cambios, se mantuvo en una actitud serena, que la capacitó, entre otras cosas, para hacer cuatro nuevas fundaciones monásticas en los años 1965, 1977, 1978 y 1979, años que ciertamente no fueron floridos para la vida religiosa en nuestras regiones. No es exagerado pensar que detrás de este verdadero “milagro” estaban la prudencia de la M. Abadesa Mectildis y la audacia de la M. Priora Cándida María y aun, más en el fondo, la buena doctrina, la monástica recibida por la M. Abadesa en sus años de formación en la abadía Santa María de São Paulo y la filosófica-teológica bebida por la M. Cándida María en el Instituto de Paraná. Ahora, para ser más justos, habría que observar que, a partir de

1977, año en que sucedió a la M. Mectildis, la nueva abadesa M. María Leticia Riquelme, formada en los mismos valores, estuvo también en el corazón de esta dinámica fundacional.

Y ya estamos en el “tercer momento” de nuestro inhábil homenaje, muy ligado al momento anterior de la coherencia doctrinal, que es el de la fecundidad espiritual. Insuficiente atención se ha brindado, a nuestro entender, a este tema, tan ligado al evangelio, y a su polo opuesto, la esterilidad espiritual (Jn 15,2 y 15,6). Es “gloria de Dios” y deseo más ardiente del amor de Cristo que demos fruto y que ese fruto permanezca (Jn 15,5; 15,8; 15,16). Y, por el contrario, la higuera estéril es maldecida (Mt 21,19). Ahora bien, nadie podrá negar que la M. Cándida María había recibido el don y el secreto de la fecundidad espiritual, personalmente por su pensamiento y su caridad e institucionalmente por su participación gravitante en las fundaciones de su abadía y su capacidad de formación de las no pocas vocaciones religiosas que se confiaron a su magisterio. A los que en mayo de 1979 fuimos testigos de la entrada procesional de la Priora fundadora con sus ocho monjas en el modesto edificio conventual franciscano de San Antonio de Arredondo, que les fuera prestado por un tiempo, no salimos de nuestro asombro al enterarnos de que ya ocho años más tarde, en mayo de 1987, la M. Priora Cándida María procedía a una nueva fundación monástica en Paraná, y eso, en las mismas condiciones de pobreza y estrechez en que se había comenzado a plantar la casa madre del Gozo *de María* en San Antonio. Y la fecundidad no se exteriorizaba sólo en las vocaciones y el avance material de los edificios, sino también en la atrayente vida litúrgica y una hospitalidad rayana en la esplendidez, aun en los años fundacionales. Si en todos los monasterios la Semana Santa lleva a días intensos de oración, de alegría, de hospitalidad, lo era aun más en el monasterio bautizado significativamente – y seguramente por ella misma- como “Gozo de María”.

“Sentido de Iglesia”, “coherencia doctrinal” y “fecundidad espiritual” no son realidades casuales y dispersas, sino que brotan de una misma raíz y se encaminan a un mismo fin. Esto es lo que podemos aprender y meditar en la vida de la gran monja que se ha ido de nosotros.

*Monasterio Benedictino de Las Condes  
Casilla 27021  
Santiago 27  
Chile*